



ALFONSO LOPEZ

Handwritten text at the top of the page, possibly a title or header.

Handwritten text block, likely the beginning of a paragraph.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Handwritten text block, continuing the narrative or list.

Con un lleno completo, como nunca antes lo había tenido el Teatro Municipal, dictó ayer tarde el Presidente de la República, doctor Alfonso López, la primera conferencia del ciclo organizado por las directivas del partido para la celebración de la semana liberal.

LA CONCURRENCIA

Desde las cinco y media de la tarde, hora en que se abrieron al público las puertas del teatro, comenzaron a llenarse todos los palcos, los asientos de la luneta, las dependencias de la galería, hasta el punto de que a las seis no había un sitio en donde pudiera colocarse una persona más. En el escenario, a más de los miembros de la dirección nacional del partido, de los miembros de la junta organizadora de la semana liberal en Bogotá, del directorio liberal del departamento, había un numerosísimo grupo de altas personalidades de la política liberal, todos los directores de los periódicos liberales, las directivas de las dos cámaras y gran número de admiradores del Jefe del Estado.

Todos los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante el gobierno y los del cuerpo consular ocuparon palcos de primera y siguieron con el más vivo interés la conferencia, que se prolongó desde las seis de la tarde hasta las nueve de la noche, sin que en ningún momento deca-

yera el interés que en los espectadores despertó, por la variedad y trascendencia de los temas que trató.

A las seis en punto de la tarde se levantó el telón de boca del teatro y una salva de efusivos aplausos saludó al ilustre jefe de la nación. Por espacio de varios minutos se prolongaron los vítores al doctor López, a la república liberal, al partido liberal. Luégo, hecho el silencio, el presidente inició su conferencia, poco más o menos en los siguientes términos:

LA INVITACION

Señores:

Cuando el doctor Eduardo Santos, en su calidad de presidente de la dirección liberal, me invitó a iniciar la semana liberal con una conferencia mía, acepté la invitación, atraído por la fuerza de los recuerdos que para mí tiene esta cátedra del Teatro Municipal, antiguo escenario de las campañas que libré como franco tirador del partido liberal cuando éste se empeñaba en la lucha por la reconquista del poder público. Y ahora me halaga y me emociona el ver que ese recuerdo para mí tan grato, perdura en la mente y en el corazón de mis amigos liberales. Aquí, en este mismo teatro, en este mismo escenario, se cumplió la primera etapa del gran movimiento que llevó al partido liberal al poder, con las ya célebres conferencias del Teatro Municipal. Y aquí principió el desarrollo de la segunda etapa de ese mismo movimiento, cuando la convención liberal de 1929 me hizo el alto honor de elegirme director del partido. Como es natural, no puedo venir a este lugar sin evocar con intensa emoción muchos recuerdos.

LAS DOS MORALES

Y no puedo, no podría aunque quisiera, olvidar que el actual jefe de la oposición conservadora, el doctor Lau-

reano Gómez, mi amigo y mi compañero de entonces en aquellas luchas, desde este mismo escenario hizo el análisis implacable de los regímenes conservadores.

El doctor Laureano Gómez, como jefe de la oposición dice ahora que el Jefe del Estado hace mal en venir a hablar sobre un tema de política liberal, o con un fin de política liberal sobre asuntos públicos. Pero cuando ese jefe de la oposición me acompañaba en esas luchas cuyo recuerdo evoco, decía algunas cosas que hoy, al releerlas, me sirven de estímulo al volver a esta tribuna. Una de ellas es la siguiente: (El doctor López lee en seguida una parte de la conferencia dictada por el doctor Laureano Gómez, en que se refiere a los estadistas conservadores que por su silencio, por su mudez, por su inercia, por agilidad para deslizarse en esguinces, se asemejan a los peces, haciendo de ellos la más encendida diatriba).

UN GOBIERNO POLITICO

Hablaba entonces el doctor Laureano Gómez de los estadistas conservadores. Como no pretendo emular con los estadistas conservadores de entonces, vengo a esta tribuna a sostener algunos conceptos que expresé en un mensaje dirigido al congreso cuando ese jefe de la oposición formaba parte de él, sin que entonces dicho jefe creyera del caso hacer reparo ninguno a la teoría que en él sostengo. (El doctor López lee en seguida los apartes del mensaje que dirigió al congreso, en los cuales manifiesta que el gobierno presidido por él no pretende ser apolítico. Por el contrario, se caracteriza por ser político, por representar la voluntad de un partido de mayoría que ha llegado al poder y que quiere aplicar su criterio, sus métodos y sus hombres en la obra de gobernar al país para buscar el mejoramiento de la nación). Luégo continúa:

Por eso vengo hoy aquí a principiar esta tarea, en que se comprometerán oradores más calificados que yo,

de hacer la defensa de la administración liberal. Yo no pienso hacerla esta tarde. Se ha anunciado que yo diré una conferencia. Esta no será una conferencia. Es una conversación política, una charla un tanto deshilvanada, en el curso de la cual me propongo traer al recuerdo del auditorio que me hace el honor de escucharme, algunos antecedentes del movimiento de transformación que se ha puesto en marcha, para después hacer algunas breves observaciones sobre el momento que ese mismo movimiento atraviesa.

LA CATEDRA LIBERAL

Hasta donde van mis recuerdos, y si no está equivocada mi memoria, a mediados del año 27 fue a mi oficina particular don Germán Arciniegas a decirme que los estudiantes de la Facultad Nacional de Derecho habían conseguido del consejo directivo de aquel instituto la concesión graciosa de dejar establecer la cátedra libre, entendiendo por ella el permiso dado a los muchachos de llevar a oradores de fuera — es decir, casi pudiera decirse que el permiso de llevar oradores liberales — para que fueran allí, a los claustros de Santa Clara, a exponer sus ideas. Era esa la conquista que con tanto trabajo se había alcanzado. Porque se habla mucho ahora de la libertad que se gozaba durante los regímenes conservadores y se hace mérito de que no tenía limitaciones el uso de la palabra; pero como se ve, sólo a mediados de 1927 los miembros del consejo directivo de la facultad de derecho ofrecieron, no muy sinceramente algunos de ellos, seguramente, la gracia a los estudiantes de que pudieran llevar oradores distintos del profesorado a hablarles sobre temas de su elección.

El señor Arciniegas me manifestó entonces su deseo de que yo hablara sobre asuntos económicos y políticos, y agregó que no importaría el que llegara a escoger temas con los cuales se pusiera a prueba la sinceridad que hu-

biera podido tener el consejo directivo al hacer la concesión de dejar hablar en los claustros de Santa Clara a un orador liberal.

Me comprometí gustosamente a dictar seis conferencias. La primera fue una invitación a los estudiantes para que entraran a revisar valerosa y audazmente los conceptos que entonces predominaban sobre las cosas y los hombres que actuaban en la vida pública colombiana. Se dijo entonces que yo no había pretendido otra cosa sino atacar el régimen conservador y a sus más notables estadistas. Yo no iba hasta allá en los propósitos que me animaban entonces en mi calidad de franco-tirador del partido liberal de que ya he hablado. Pero es lo cierto que a los estudiantes les pareció interesante la primera conferencia, que por lo menos tenía alguna novedad sobre lo que en esa época se decía, y ellos mismos me manifestaron su deseo de que continuara hablándoles sobre estas cuestiones. Con mucho gusto accedí a sus deseos y dicté mi segunda conferencia, que versó sobre la teoría del despilfarro. Conferencia por cierto que luego ha sido muy desfigurada en la prensa.

EL DESPILFARRO

Se pretendió que yo había hecho el elogio de los métodos de despilfarro empleados en el manejo de la administración pública y que en aquella conferencia no había hecho sino recomendarlo. Cuando de lo que yo trataba era de poner en contraste y en oposición dos tesis. La de la obra única, que prosperó cuando se trataba de hacer que los dineros de la indemnización americana se dedicaran íntegra y exclusivamente en la construcción de una sola de las grandes obras que necesitaba el país, tesis absurda y simplista, pero que entonces estaba inscrita en todas las banderas de los estadistas que carecían de ideas, y que se enunciaaba así: es un grave error no haber invertido todos los fondos provenientes de la indemniza-

ción americana en una obra única, porque si así se hubiera hecho, el país habría tenido una obra terminada y completa que luego habríamos podido hipotecar para hacer la que le siguiera en importancia. Pero con el método escogido, los recursos extraordinarios de aquella indemnización se van a acabar y habiendo principiado muchas obras a tiempo no se ha podido ni se podrá concluir ninguna. Y creyeron los estadistas flamantes de entonces que allí se acababa el mundo, que no tendríamos más dinero, que el país se iba a quedar sin recursos y sin ninguna obra de provecho concluida y en servicio.

LA TESIS CATASTROFICA

Yo dicté entonces mi célebre conferencia para explicar cómo no había tal cosa, demostrar que las obras principadas sí se podían continuar, cómo sí vendría más dinero, el que el país necesitara y cómo no se acabaría el mundo, según la tesis catastrófica preconizada por los supremos estadistas del régimen. Probablemente, sostenía en el desarrollo de la teoría, se iba a gastar un poco más por este medio de lo que se gastaría si las obras se iban a construir una después de otra y se hacía una inversión metódica y muy cuidadosa de los fondos. Habría seguramente cierta cantidad de despilfarro, no del todo inconveniente.

LA IMPOSIBILIDAD DE LA OBRA UNICA

Lo imposible para un país que no había tenido política de desarrollo en mucho tiempo; lo absolutamente impracticable para un congreso que nunca tuvo como objeto de sus preocupaciones el estudiar la manera de financiar las grandes obras que necesitaba la república, era decidir cuál habría de ser aquella primera obra única. Y era imposible también para un país que durante un siglo había carecido, por culpa de quienes le habían mantenido

en el atraso, de todas las cosas, decidirse por la que fuera más urgente. Al contrario, decía yo entonces: vamos a suponer que se va a perder parte de estos veinticinco millones de pesos. Vamos a admitir que de ellos serán mal invertidos cinco o diez millones: ¿Está o nó compensada esa pérdida con los enormes beneficios que reporta para un pueblo adormecido y sojuzgado ese despertar de ambiciones, esa benéfica agitación espiritual, ese valorizar de sus territorios en todos los confines, ese estimular de las energías dentro de un país que principiaba a trabajar y que estaba adquiriendo la conciencia de que ya no se podía vender por una canción? (Grandes aplausos).

Y naturalmente entré luego a demostrar que todas esas presunciones negativas de que no contaríamos con más dinero, que no íbamos a tener cómo concluir las obras, que se acabaría el mundo, no resistían el más ligero análisis.

LOS HOMBRES INCOMPETENTES

Aquella conferencia creó un pequeño escándalo, que políticamente hizo surgir el fenómeno de poner recelosos y resentidos a los hombres incompetentes que gobernaban el país, acostumbrados como estaban a dejarlo abandonado a su propia voluntad y que de un momento a otro veían cómo se trataba de ponerlo en movimiento, se le quería tornar ambicioso y se le creaban inquietudes y necesidades que venían a dar en tierra con la resignación sobre la cual se había enseñoreado de sus destinos el partido conservador. (Aplausos).

LA CONFERENCIA SOBRE PETROLEOS

Vinieron entonces los muchachos, ya un poco envalentonados con lo que ellos llamaban la audacia de los temas de las conferencias, y me propusieron que dictara una sobre el tema de los petróleos. Tema escabroso este

de los petróleos durante la dominación conservadora para una conferencia en la cátedra libre, porque todos los profesores y maestros de la juventud eran abogados, consejeros o agentes de las compañías extranjeras que se estaban adueñando de la riqueza petrolífera del país. (Grandes aplausos).

Les dije a los estudiantes que tenía mucho gusto en hablar sobre petróleos si ellos me ponían una carta invitándome a tratar el problema. Me ofrecieron la carta. Pero no llegó nunca esa carta. No era tan fácil en esos tiempos, como es ahora, para los estudiantes, expresar el legítimo deseo de que un orador de fuera de la Facultad, en una cátedra libre consentida por ellos, fuera a hablar sobre petróleos. No se atrevieron nunca a pasarme la carta. Y sucedió así que varias veces que me presenté a desarrollar el tema de los petróleos, a falta de la carta, me vi precisado a hablar sobre otros temas. En una de esas conferencias traté el problema de los bancos, en otra toqué el punto relacionado con una situación creada en Antioquia — fue la conferencia sobre Antioquia que tanto escándalo produjo en el país — y allí terminó este ensayo de la cátedra libre en la Universidad Nacional. No resistió el ensayo la prueba de media docena de conferencias. (Grandes aplausos).

EL CONTRATO YATES

Pocas semanas después se presentó en el congreso el famoso proyecto de ley por medio del cual se sometía a la ratificación del parlamento el célebre contrato con el coronel Yates, cuya aprobación se pedía sin estudiarlo. En esas épocas, también se estilaba esa política en el congreso. Se estilaba solicitar la aprobación para contratos con los cuales se enajenaban las riquezas nacionales, con más o menos liberalidad, sin la obligación de allegar siquiera como elementos de juicio los antecedentes de la negociación respectiva. Y volvió a agitarse la

necesidad de reanudar la cátedra libre y la necesidad de tratar en ella el tema de los petróleos. Se nos ocurrió ver si los estudiantes de la Facultad Nacional de Derecho lograban obtener la concesión del consejo directivo para que el doctor Laureano Gómez hablara sobre los petróleos en Santa Clara. Probablemente muchos de los que hoy me escuchan recordarán cómo con bayoneta calada se dispuso en las puertas de aquella Facultad la policía para impedir que el doctor Laureano Gómez fuera a hablar sobre los petróleos desde la cátedra libre.

Estando en ese empeño, se nos ocurrió que era bueno conseguir el Teatro Municipal y dictar aquí una serie de conferencias sobre el célebre contrato Yates. Conseguimos una copia de ese contrato, la publicamos en «El Tiempo» y bastó esa publicación para que quedara por tierra para siempre esa absurda negociación. Así era de bueno el contrato. (Aplausos).

LA CATEDRA LIBRE EN EL MUNICIPAL

No desistimos de nuestro empeño por haber fracasado la cátedra libre en los claustros de Santa Clara, en virtud de las bayonetas que allí se sembraron para impedirle al doctor Laureano Gómez que hablara. Lo trajimos aquí, y el doctor Gómez, con esa maravillosa capacidad de análisis que lo distingue, hizo la disección implacable de aquella política, con tan evidente éxito que el contrato fracasó.

Así quedó montada la cátedra libre en el Municipal, con el concurso de unos cuantos eminentes personajes. Todos los martes, a las cinco de la tarde, se dictaba una conferencia. Y dentro de aquel ciclo, el doctor Laureano Gómez dictó dos de las más interesantes que recogió luego en un folleto que publicó bajo el mote «Interrogantes sobre el progreso de Colombia». Volveré a referirme a ellas más adelante. Sólo quiero decir a este propósito que cuando él y yo estábamos empeñados en esta campaña,

él y yo éramos dos excomulgados políticos. El por sus copartidarios y yo por los míos. Había que ver el amor, si así puede decirse, con que atacaban al doctor Laureano Gómez los conservadores; y había que ver con cuánta acerbía me atacaban a mí los liberales. Ni a los jefes del doctor Gómez les gustaban sus ideas y sus campañas, ni las mías eran del agrado de mis jefes. Y estaban muy bien correspondidos porque a nosotros tampoco nos gustaban las ideas de aquellos jefes. (Risas y aplausos).

DOS OBJETIVOS

Nos unía entonces el mismo interés de servir a la república. Nos animaba la misma patriótica decisión en la lucha. Teníamos, como se ha visto después — y creo que se veía desde entonces, aunque parece que el doctor Gómez sólo lo ve ahora — propósitos algo distintos. El trabajaba por corregir los errores del partido conservador y librarlo de sus vicios, para convertirlo en un mejor instrumento al servicio de las conveniencias públicas. Yo era un poco más ambicioso. Yo trabajaba por eso, pero también por sustituir al partido conservador por el partido liberal en el poder. (Grandes aplausos).

Más tarde — oyendo cuentos, como se dice en lenguaje familiar — he sabido que él creía que yo era nada más que un instrumento de su política. Y he tenido así, por primera vez en mi vida, la sorpresa de sentir y pensar que una persona que por tantos años estuvo junto a mí y que debía conocerme tanto, me juzgue tan modestamente. Yo creía, por el contrario, tener fama de pretencioso. Pero el doctor Laureano Gómez, en tanto tiempo como lo tuve de compañero en luchas políticas, nunca me lo notó. (Risas y aplausos).

LA PROSPERIDAD A DEBE

En seguida el doctor López se refirió a las críticas que se hicieron a las conferencias del doctor Gómez por esti-

márselas como un ataque contra el país, reconociendo que ellas determinaron una sana agitación espiritual muy provechosa para el futuro del país. Recordó que en el ciclo organizado en el Teatro Municipal dictó él una conferencia sobre temas económicos y fiscales, haciendo un análisis de las cifras presupuestales desde el año de 1903 hasta el de 1928, análisis que concluía con la lógica predicción de que toda esa prosperidad a que estaba próxima a derrumbarse, arrastrando en su caída al partido conservador. Luégo dijo:

DEBATES ESPIRITUALES

El doctor Laureano Gómez se ausentó para Europa, desengañado, pesimista y amargado. No sé si este estado de ánimo se debía a que estaba dominado por la patriótica inquietud de los rumbos que había tomado el gobierno del doctor Abadía Méndez, que se presentaron como una reacción contra los métodos empleados por el general Ospina, o si se mostraba amargado especialmente por ver los sucesores que le tocaron en el Ministerio de Obras Públicas. Porque no siendo él tan modesto como me creía a mí, creo yo que no le halagaba su vanidad viéndose reemplazado allí por el doctor Sotero Peñuela, por don Salvador Franco, ni aun por el mismo doctor Mariano Ospina Pérez.

Yo, siempre tonto y optimista, seguía confiado — con este buen humor que afortunadamente no me abandona — esperando siempre la caída del partido conservador, convencido de que los anuncios que había hecho iban a convertirse pronto en una halagadora realidad. Fui a Europa, y cuando allá me encontré con el doctor Gómez, ya estaba en marcha el proceso de la crisis en Colombia. Se suspendieron los empréstitos, mermaban constantemente y en forma alarmante las reservas en el Banco de la República, todos los valores descendían vertiginosamente, y para mediados del año 29 ya era bien claro para el observador desprevenido la caída del partido conservador.

CON EL DOCTOR GOMEZ

Un día, en París, nos invitó el doctor Laureano Gómez a almorzar. Era costumbre en el grupo de colombianos que allí vivía, reunirse un determinado día, y después de almorzar se ponía un tema de discusión para pasar así un rato de exquisita espiritualidad. Se encontraban en aquella reunión el doctor Juan de Dios Gutiérrez, muy buen amigo mío, un hermano del doctor Restrepo Jaramillo, don Valerio Tobón, don Bernardo Mora y algunos otros. Me pidieron ese día el tema. Y yo puse el tema: Se va a caer el partido conservador. Naturalmente ninguno lo creía. Y el más obstinado en sostener que aquello era un absurdo era el doctor Laureano Gómez. A él le parecía un absurdo, una cosa imposible.

—A ver, nos decía, cómo se va a producir el fenómeno? Qué fuerzas van a actuar? Con qué hombres se cuenta? Analicemos. El partido liberal es solidario de todo esto que está causando la catástrofe política en nuestro país.

Me acuerdo mucho que quedó muy desconcertado, cuando para detenerle en sus imprecaciones e interrogantes, le dije:

—Pero cómo estará de caído el partido conservador que basta imaginar que lo eligieran a usted presidente para ver que esta hegemonía que cree tan robusta desaparecería al instante.

Pero él no creía y no lo creían los contertulios conservadores entonces. Se vino el general Vásquez Cobo a trabajar su candidatura. Contaba él con el respaldo de la curia. Ustedes recordarán que era voz general sin rectificación el que el señor Nuncio le prestaba su apoyo al general Vásquez Cobo. En esa época era otro el sistema de elegir presidentes al que se estila ahora. Por eso se sabía de antemano a quién le correspondía el turno de ir al palacio de la Carrera. En París casi todos los colombianos residentes allí y los franceses que frecuentaban la legación le decían al general Vásquez Cobo: «Monsieur

le **President**». Menos yo, que creía que el partido conservador se caería antes de que llegara Vásquez a la presidencia.

LA CAMPAÑA

Refirió luego el doctor López su llegada al país nuevamente, en agosto de 1929. Recordó un almuerzo que tuvo con don Luis Cano, el doctor Eduardo Santos, el doctor Gabriel Turbay y don Felipe Lleras Camargo, donde, al ser preguntado sobre lo que convendría hacer frente a la situación política que se presentaba en materia de candidaturas, él declaró que lo que correspondía hacer era: tumbar al partido conservador. Pareció aquella idea extravagante, porque entonces el partido liberal profesaba ideas originales, como la de que para tumbar el partido conservador era necesario pedir permiso a los conservadores. Recordó la campaña que vino luego en las cámaras, la tremenda división que se perfiló dentro del partido conservador, que resolvió llevarle el pleito de las candidaturas presidenciales al Arzobispo, Monseñor Perdomo. Relató luego todas las vicisitudes de la Convención nacional del partido liberal reunida en el Teatro Municipal, que en un principio ni siquiera pudo elegir dignatarios; mostró cómo estaba dividido entonces el liberalismo en civilistas y en el grupo que capitaneaba el general Cuberos Niño, y luego agregó:

LA CONVENCION LIBERAL

En la sesión celebrada en el Teatro Municipal, el delegado doctor Luis de Greiff presentó la clásica proposición de todas las convenciones liberales, en que se hacía un recuento de todos los atropellos que el partido liberal estaba sufriendo de parte del partido conservador, y se terminaba declarando que el partido sería neutral en el pleito de las candidaturas presidenciales, ya que era inú-

til ir al debate eleccionario, supuesto que los gobiernos se venían burlando del liberalismo, no le respetaban sus triunfos, le habían robado la victoria con la candidatura del general Herrera. Aquella proposición fue aprobada con grande entusiasmo, como si se hubiera hecho al partido una halagadora promesa, y se levantó la sesión, habiéndose designado una comisión para que tratara de buscar una inteligencia entre las dos corrientes liberales.

LA INTERVENCION DE LOPEZ

La tercera sesión la celebró la convención aquí en este mismo salón. Los comisionados principiaron por declarar que no habían podido obtener ninguna inteligencia entre los grupos en desacuerdo. Como es natural, yo recuerdo todos estos episodios con cierto entusiasmo y calor por la ingerencia muy señalada que entonces tuve en ellos. El delegado por Cartagena, doctor Del Valle, hizo notar que en el acta de la sesión anterior no había quedado establecido que la proposición que imponía la neutralidad liberal en materia de candidaturas había sido aprobada por unanimidad, y solicitaba que esa circunstancia quedara claramente establecida. Entonces me paré para decir que no había sido aprobada por unanimidad por cuanto que yo estaba en desacuerdo con ella, como con muchas otras cosas de las tratadas en la convención. Hubo durante esta sesión un escándalo: ya parecía que nos levantábamos todos, sin dejar resuelto nada, cuando se agitó la campanilla, se restableció el orden, y varios amigos me pidieron que dijera algo. Había algo así como cierta sensación de que se necesitaba en ese momento que se pronunciara siquiera fuera una barbaridad, siempre que fuera algo que rompiera aquel hielo insufrible, peor que todo. Entonces pedí la palabra para presentar esta proposición, que no resisto a la tentación de recordar al auditorio que benévolutamente me escucha esta noche: (el doctor López leyó a continuación la célebre proposi-

ción presentada por él en la memorable sesión, moción por medio de la cual la convención le anunciaba al partido que debía prepararse para recibir en un futuro próximo el poder, y estaba obligado a darse una organización conveniente que lo pusiera en capacidad de asumir las graves responsabilidades consiguientes a su misión histórica. Al terminar la lectura de esta pieza, el público le tributó de nuevo una prolongada ovación al presidente, quien prosiguió así su peroración):

La proposición produjo mucho entusiasmo, aunque en muchos no muy sincero. Se le consideraba un gesto ridículo, absurdo, sin fundamento, y aun se dijo que me había echado yo ya por los atajos de la demagogia. Pero con todo, la convención me hizo el honor de elegirme en asocio del general Cuberos Niño y del general Antonio Samper Uribe para componer la dirección nacional del partido. Yo quiero aprovechar esta oportunidad para rendir un cariñoso recuerdo al general Cuberos Niño, con quien por efecto de todas estas vicisitudes que tiene la política no mantenía hasta entonces las mejores relaciones. En el momento en que él oyó leer la proposición en que se anunciaba la caída del partido conservador, fue el primero en pasar con todo el contingente muy valioso y numeroso de sus amigos a prestarme la más decidida colaboración, y fue quien mayor interés tomó entonces para lograr que yo quedara en la nueva dirección del partido.

Con todo, la idea no calaba mucho en el partido liberal. Una parte del liberalismo estaba con la candidatura del general Vásquez Cobo y otra con la del doctor Guillermo Valencia, y sólo en Antioquia se perfilaba un reducido grupo que se mostraba partidario del candidato propio del partido liberal.

LA OBRA DE LA CONVENCION

La Convención puede decirse que no tuvo sino dos actos de positiva política trascendental. Uno, la elección

de la nueva dirección nacional, y otro la proposición sobre neutralidad en el debate presidencial, política que, se establecía allí, no podía ser variada sino por el voto unánime de todos los miembros del directorio.

El general Samper Uribe no entró a la dirección, y a poco andar, el general Cuberos Niño tuvo que ausentarse para Cúcuta, de tal manera que quedé yo aquí, fomentando la política de la candidatura liberal. Antes de irse el general Cuberos Niño, le pedí que pasáramos una circular a todos los directorios departamentales, dándoles la orden de que se inscribiera a todo el electorado liberal, pues aun cuando la convención había sentado la política de la neutralidad en el pleito de las candidaturas conservadoras, podría ocurrir un evento político que hiciera necesario intervenir, y para entonces el liberalismo debía estar todo inscrito. Fue así como logró obtenerse que todo el liberalismo quedara en capacidad de sufragar. Era un acto de subversión, más o menos disimulado, pero al fin subversión, cuyas consecuencias se han podido apreciar posteriormente.

EL CANDIDATO PROPIO

El partido fue acogiendo la tesis del candidato propio con tan arrollador entusiasmo, que veinte días después de instalada la nueva dirección liberal se verificaba en las oficinas de «El Tiempo» una reunión formada por los señores doctores Eduardo Santos, Gabriel Turbay, Francisco J. Chaux y yo, con el objeto de redactar el cable en que se le consultaba al doctor Olaya Herrera si estaría o nó dispuesto a aceptar la candidatura a base de una concentración de la cual fuera núcleo el partido liberal. Este telegrama no podía ir firmado por mí, y ya ven ustedes cómo no me da miedo confesar un pecado de subversión como éste, porque me lo vedaba la proposición que imponía la neutralidad, según la voluntad de la convención.

LAS PROPUESTAS DE VÁSQUEZ

Refirió luego el doctor López cómo el 25 de diciembre se presentó en su casa don Julio Holguín a solicitarle de parte del general Vásquez una entrevista, que se vino a realizar en la casa del señor Holguín. La hora señalada eran las once, pero él entonces, ya como jefe del partido liberal, hizo esperar a Vásquez hasta las once y media. Relató todos los pormenores de la entrevista que comenzó con el mutuo saludo de Felices Pascuas, que se dieron, y siguió luego con la referencia al saludo que el general Uribe le hizo al general Vargas Santos, cuando treinta años atrás se reunieron en Pamplona todos los ejércitos liberales, en estas frases: «Hoy es pascua. La pascua florida del liberalismo que ve reverdecer el árbol de sus libertades y se prepara a recibir el fruto de sus victorias». Ese amable recuerdo a la memoria del general Uribe — para todos tan querida — desconcertó de tal manera al general Vásquez que él ya no supo cómo principiar. Durante una hora y media el general habló sin atreverse a entrar a fondo. Al cabo, el doctor López le facilitó el trance diciéndole que se daba cuenta de la dificultad en que andaba, pues a la sombra de las divisiones liberales, los jefes conservadores habían adquirido el concepto de que tratar con el liberalismo era algo vitando y terrible que merecía excomunión, y en esa especie de relaciones vergonzantes le sucedía a dichos jefes conservadores que querían tratar al liberalismo de la misma manera que tratan los hombres a ciertas señoritas a quienes sólo se puede llevar a los teatros a palco de tercera.

—No, de ninguna manera — dijo el general Vásquez. Con ustedes queremos ir a palco de primera.

Yo le manifesté entonces al general Vásquez — continuó el doctor López — que tenía que aclararle, para que no se equivocara sobre el terreno de la conferencia, que no se me podía proponer ninguna cosa que no pudiera recomendar públicamente al liberalismo. Y le dije que

teníamos en ese trance que echar por la calle de en medio y le anuncié que sería muy indiscreto en cuanto charláramos. Tan indiscreto como indiscreta les va a parecer la conferencia a muchos conservadores y a muchos liberales.

Pedía entonces el general Vásquez al doctor López que le dijera qué se le ocurría que pudieran combinar, a lo cual el jefe liberal le replicó que sobre eso sí no tenía nada pensado, y sobre todo, cualquier cosa que fuera a debatirse, él tenía previamente que consultarla con sus amigos. Por fin el general Vásquez le declaró que era amigo de la cooperación, a lo cual el doctor López le replicó:

—Por qué, general, no ensayamos la cooperación al revés?

—Cómo así? Preguntó espantado Vásquez.

—Sí. La cooperación conservadora con los liberales.

—Pero, usted está loco?

—No, general: usted, que sabe muy bien la Biblia, debe recordar que el pueblo israelita duró cuarenta días y cuarenta noches peregrinando por el desierto antes de llegar a la tierra prometida. Y nosotros llevamos ya más de cuarenta años peregrinando por los caminos de la oposición en busca del triunfo que nos dé el poder.

Volvió el general Vásquez a la carga. Pidió que se hablara en serio. Que propusiera algo. Entonces el doctor López le dijo:

—A mí se me ocurre esto: usted, general Vásquez, podría garantizarnos la tranquila rotación de los partidos políticos en el poder?

—Ah! Eso sí no. De ninguna manera.

—De manera que usted cree que esta conferencia debe desarrollarse sobre la base de que al partido liberal tiene que considerársele siempre como un vencido? Pues entonces nada más tenemos que hablar.

Desde ese instante — continúa el doctor López — me dí cuenta de que se acababa la adhesión del liberalismo

por la candidatura del general Vásquez Cobo. Le ofrecí al general que cuantas veces quisiera hablar conmigo estaría a sus órdenes, hasta la víspera de las elecciones, y con tres o cuatro amenidades me retiré de allí.

Tres o cuatro días después venía la noticia de que el doctor Olaya Herrera no aceptaba la candidatura que se le proponía y aquello hizo cundir el más grande desconcierto en las filas del liberalismo. El Dr. Eduardo Santos escribió su famoso editorial «Sin novedad en el frente», que posteriormente se le ha criticado, pero que yo quiero explicar en qué condiciones fue escrito, porque parece que se ha olvidado. Se trataba con él de atajar, literalmente atajar, la desbandada de los desilusionados, que ya volvían nuevamente a matricularse en una de las candidaturas conservadoras, porque se sintieron derrotados, aniquilados. Entonces el doctor Santos escribió aquel artículo que sirvió admirablemente para evitar el desconcierto. Yo mandé con fecha 31 una circular que creo oportuno leerla esta noche, porque en ella se sostienen los mismos puntos del editorial de «El Tiempo». (El doctor López leyó la circular).

OTRA CONFERENCIA CON VASQUEZ

Tan pronto como los conservadores, continuó, conocieron la circular y vieron las posibilidades de que se abriera el campo a las combinaciones, volvió a aparecer por mi casa mi amigo don Julio Holguín.

Refirió luego el doctor López esta segunda entrevista. Recalcó sobre la insistencia que mostró el general Vásquez en afirmar que el doctor Olaya renunciaría, y luego, cuando le dijo el doctor López que habría otro candidato liberal en caso de que renunciara, el general anunció que eso era la catástrofe para el liberalismo, porque entonces si renunciaría su candidatura, se uniría con Valencia y barrerían al liberalismo. Ante esta declaración, fue al doctor López a quien le correspondió negar insistente-

mente que el general renunciaría, y en caso de renunciar, no se uniría al conservatismo, y en caso de unirse no habría tal que el conservatismo barriera en el debate electoral al liberalismo. Este proceso duró hasta que el general prometió por su palabra de honor que renunciaría, porque no estaba dispuesto a asumir la responsabilidad de dejar perder en la lucha al partido conservador. A lo cual el doctor López le ratificó que cualquiera que fuera su determinación, el liberalismo iría con candidato liberal y buscando el triunfo del liberalismo sobre los candidatos conservadores, unidos o no.

El general Vásquez Cobo — agregó el doctor López — sí trató de entregarse. Cuando nosotros estábamos ya con el doctor Olaya Herrera, el doctor Santos, Turbay y otros en Puerto Berrio, recibimos un telegrama del doctor Carlos Lozano y Lozano, en que nos anunciaba que el general Vásquez Cobo se había bajado aquel día a La Esperanza a entregarse al doctor Valencia. Pero el general no pudo entregarse, y no hubo unión del partido conservador y vino el triunfo del partido liberal.

Dijo luego el doctor López que a pesar de llevar buen rato de iniciada su charla, no había tratado hasta ahora los puntos fundamentales que se proponía, por lo cual prescindía de referirse luego a la manera como se desarrolló la política de la concentración nacional del doctor Olaya Herrera y cómo se ha desarrollado la política de la república liberal, tanto por lo que se relaciona en uno y otro caso con el partido liberal, como con el partido conservador.

LA POLITICA CONSERVADORA

Estoy muy al comienzo de las líneas fundamentales, y no quiero dejar de hacer referencia a algunos puntos muy interesantes de la política conservadora.

LA PUREZA DEL SUFRAGIO

Acaba de expedir el congreso una ley que sustancialmente confirma y amplía las autorizaciones que le dio al Presidente de la República en materia electoral la Ley 7ª de 1934. Todos los que siguen la política recordarán que el partido conservador, por boca de sus directores oficiales, había venido reclamando del gobierno que tratara de obtener del congreso la prórroga de esas autorizaciones. Están prorrogadas. Estamos llegando al momento en que va a dirimirse el conflicto entre el gobierno y la dirección del partido conservador, conflicto que tiene sus raíces en la manera como yo entiendo que el gobierno debe desarrollar su política frente a los partidos de oposición. Y para que no haya duda de que este problema está planteado de tiempo atrás, voy a abusar de la benevolencia de este auditorio para leer algunos párrafos de una carta que dirigí al directorio conservador tres días antes de entrar al Palacio de la Carrera, carta en la cual le propuse la colaboración al conservatismo.

(El señor Presidente leyó los párrafos aludidos de la carta, muy conocida, en que pidió al partido conservador que cooperara, ofreciéndole varias carteras en el gabinete ejecutivo).

FRACASO DE LA ABSTENCION

Aquí estoy, frente al directorio conservador, que ha venido preconizando la abstención electoral, que está fracasada, que está quebrantada, por los actos del gobierno. Porque sin la colaboración del partido conservador estamos estableciendo el sufragio puro en Colombia. Lo estamos estableciendo como un acto soberano de la voluntad del partido liberal, que actúa ahora solo en las cámaras, y que pretende darle a la república lo que no le dieron nunca los conservadores: la pureza electoral. Y ahora sí vamos a ver si es cierto que se prolonga la polí-

tica de abstención, y si es cierto que el partido conservador sigue detrás de sus jefes, que se niegan a cooperar en la obra de la reconstrucción nacional, y si vuelve a las urnas, rodeado como estará de todas las garantías por el régimen liberal. Desafío al directorio conservador a que mantenga la abstención electoral.

El partido conservador va a tener garantías que no intentó nunca darnos a los liberales ese partido mientras estuvo en el poder. Porque los conservadores hablan de sufragio puro, y lo exigen en su beneficio; pero cuando nosotros estuvimos vencidos, ejerció el mando incontrastablemente, durante cuarenta y cinco años, sin que ninguno de sus presidentes hiciera el menor esfuerzo, un esfuerzo serio, verdadero, sincero, tenaz, como el del gobierno actual, por darle garantías al partido de oposición. En esos tiempos, la pureza del sufragio era la más manoseada de todas las literaturas políticas, la más insincera, y también la más constante. Es con el régimen liberal que empieza este esfuerzo que se va a coronar ahora con entregar a las decisiones del pueblo los actos del gobierno, dándole los instrumentos necesarios para expresar libremente su voluntad soberana. Cuando estos señores que ahora dicen que nuestra política es una farsa estaban en el gobierno, jamás pusieron nada de su parte para darnos garantías a los liberales: ni Concha, ni Ospina, ni Laureano Gómez, ni Jiménez López, quienes tuvieron siempre el poder en la mano, hicieron otra cosa que emplearlo siempre en beneficio exclusivo de su propio partido.

Y yo quiero verlos: quiero verlos rodeados de garantías, para demostrar cómo es cierto que el partido conservador es una ínfima minoría de la opinión colombiana. Desde que principié a intervenir en estas campañas, y lo digo aquí como lo dije al congreso, he tenido la convicción de que el liberalismo constituye la mayoría del país. El partido conservador vive pregonando que es mayoría, pero no se deja contar. No se dejará contar sino a través de grandísimas dificultades. Porque el proceso de todos los

plebiscitos electorales de los últimos seis o siete años demuestra que las mayorías conservadoras se asentaban sobre bases que afortunadamente han dejado de existir.

Hoy no existe ninguna de las condiciones sobre las cuales se fundaba la hegemonía conservadora. Ninguna. Las circunscripciones electorales hechas *ah-hoc* para predeterminar arbitrariamente el resultado de las elecciones, han desaparecido. Las listas, aquellas famosas listas del sistema electoral conservador que podían esconderse, perderse, adulterarse, aumentarse y encogerse, conforme a las necesidades de un escrutinio preconcebido, han desaparecido. Los alcaldes conservadores, han desaparecido. El ejército conservador — ese que nosotros hemos reemplazado con el ejército nacional — aquel que iba a amedrentar a los liberales y a impedirles votar, ha desaparecido. La policía conservadora, que desempeñaba funciones análogas a las del ejército, ha desaparecido. El clero, como aliado del partido conservador, que usaba los pulpitos contra los candidatos liberales, ha desaparecido. Los grandes caciques conservadores que manipulaban a su antojo los escrutinios, han desaparecido. Los sillares que sostenían el predominio político del partido conservador en Colombia, ya no existen. Por eso busca pretextos para esquivar el resultado de una elección hecha en muy distintas condiciones.

LO QUE DIERON LOS NUMEROS

Quiero, aunque sea de paso, informar un poco al público sobre estos procesos electorales, para preguntarle qué le dicen estas cifras:

Los últimos datos de la cedulaación indican que hay un millón y medio de cédulas en poder de los electores hábiles. Para apreciar lo que significa esa cantidad de cédulas en manos de los electores, principiemos progresivamente a ver lo que eran antes las elecciones.

Total de sufragantes para representantes en 1931 :

787,157. En estas elecciones votaron ambos partidos, y obtuvieron los dos sumados la mitad de un millón y medio, que es el número total de cédulas hoy.

En las elecciones de 1933: 976,000 votos.

En las de 1935, a las cuales no concurrieron los conservadores: 258,000 votos, faltando datos de Bolívar, Cauca, Cundinamarca y Nariño. Estos datos de elecciones en que votan sólo los liberales son importantes para comprobar que sí están cedulándose los conservadores. Ahora, en cumplimiento de la ley reciente, se nombrarán los inspectores de cedulación, y se aplazarán las elecciones hasta abril, para invitar a los conservadores a sufragar, no como derrotados sino como ciudadanos que van a ejercer sus derechos, convencidos de que tienen las garantías que el gobierno está obligado a darles. Y se las dará todas, cuantas necesiten para votar, cuantas puede dar el gobierno para que concurren a las urnas desprovistos de todo temor de perder su voto o de que, si lo obtienen, no se les respete.

En las elecciones para Presidente de la República en 1930, se consignaron 824,000 votos, y en las de 1934, 922,000 votos. Pero entre estos datos hay uno supremamente revelador: el año de 1929, por ejemplo, último de la hegemonía conservadora, cuando no votaban los liberales, y que son las cifras que sirven a los conservadores para alegar que ellos alguna vez fueron mayoría, porque los liberales consideraban inútil votar, pues ellos sí carecían de garantías y sus mayorías se ahogaban en esas divisiones electorales arbitrarias, hechas por los conservadores, en 1929, digo, en Antioquia votaron 24,000 conservadores y 3,000 liberales, y en la actualidad hay cédulas expedidas en número de 218,000, y aquellas cuentas de 3,000 votos liberales eran las que daban ánimo al partido conservador y traían el desánimo a las filas liberales. En ese mismo año hubo en el Cauca 11,558 sufragios conservadores contra 3,000 liberales: en el Cauca se han repartido 64,000 cédulas. En el Magdalena votaron 12,386 conservadores y 7,444 liberales:

allí hay entregadas 54,000 cédulas. En Bolívar, que era una gran fortaleza conservadora, hubo 59,000 votos conservadores por 7,664 liberales: allí se han expedido 112,000 cédulas. Y así sucesivamente. Creían los conservadores que 12,000 votos liberales representaban la totalidad del sufragio de este partido, pero a la verdad no representaban nada distinto de la consecuencia obligada y lógica de la arbitrariedad que entonces estaba legalizada y que nosotros estamos actualmente echando por tierra.

LA POLITICA ELECTORAL DEL GOBIERNO

Dejo así explicado a este auditorio la razón de la política del gobierno en materia electoral. Tenemos contraído con la República el compromiso de unificar el sufragio, y lo estamos cumpliendo sin vacilación alguna. Puede haber liberales que abriguen dudas y consideren que nuestra política es desacertada, pero el gobierno repite que todo ese movimiento liberal descansa sobre el convencimiento de que somos en la República una mayoría incontrastable. Pero si no lo fuéramos, por carecer del número o porque perdamos el favor popular, no hemos pensado nosotros los del gobierno un solo momento en alterar los resultados electorales y en no aceptar sus consecuencias. Si el partido conservador va a las urnas — como estoy seguro de que irá — puede estar cierto de que el gobierno no ahorrará ningún esfuerzo por hacerle respetar sus derechos y sus triunfos donde pueda obtenerlos. Van a ver mis amigos liberales, si no se dividen y manejan mal el gobierno, y si saben responder a la confianza popular, que por mucho que luche el partido conservador no podrá ganar las elecciones en más de dos o tres departamentos. El conservatismo tiene indiscutiblemente una mayoría clara en Nariño. En gracia de discusión podría suceder que se revelara una pequeña mayoría — lo que es muy dudoso — en Antioquia. Y en el Huila, creo que las fuerzas de los dos partidos están bastante equilibradas.

En el resto del país es indudable, indiscutible y resplandeciente la mayoría liberal. Tal vez no muy grande, no abrumadora, en Caldas; pero enorme, resplandeciente, en todos los demás departamentos. No puede el liberalismo abrigar el más leve temor de darle garantías a los conservadores. Como lo he dicho otras veces, el gobierno quiere insistir en que el partido liberal lo acompañe espontáneamente a ofrecerles a los conservadores esas garantías, no para complacer a directorio alguno ni a jefe alguno de la colectividad de oposición, sino para cumplir los deberes que el gobierno tiene para con todos los ciudadanos de Colombia, cualquiera que sea su color político. Y para demostrar que nosotros no nos apoyamos ni en el fraude, ni en las bayonetas, ni en ninguno de los elementos que sustentaron la dominación de nuestros adversarios, sino en la voluntad popular clara y libremente manifestada.

Y yo declaro por la millonésima vez, y vuelvo a declararlo cuantas sean necesarias, que de otra manera no quiero ver al liberalismo en el poder. Y por eso en cuantas ocasiones me ha sido posible, he anunciado, y lo hago ahora de nuevo, que si la opinión de mi partido no me acompaña en las próximas elecciones, me retiraré de la presidencia de la República, porque no deseo ser un presidente de turno, sino un presidente liberal que aspira a tener el apoyo de su partido en toda la obra de gobierno que está realizando.

LA OBRA DEL REGIMEN LIBERAL

La impopularidad de este gobierno es axiomática en algunos círculos políticos y principalmente en la prensa conservadora y en muchos sectores liberales. Estamos haciendo una revolución que hiere muchos intereses, que cambia el orden establecido hasta ayer. Estamos haciendo en la República: cambiando muchas cosas, efectuando la vieja demanda de traer nuevos hombres, de traer nuevos métodos, de traer nuevas ideas. En ese proceso, todos

los que se van sintiendo desplazados, van alzándose en contra del gobierno. Esto lo sabía, lo esperaba, y no me desconcierta. Por el contrario, aunque parezca una tonta presunción, el gobierno se siente muy satisfecho de la obra cumplida hasta ahora, porque cuandoquiera que ella se somete a la prueba ácida de la opinión pública, parece que, contra lo que quisieran y contra lo que dicen los enemigos del gobierno, la opinión ciudadana lo respalda. Y lo respalda porque los hechos tienen una singular manera de oponerse a los enemigos del gobierno. (Aplausos).

LA APEN

Aquí se fundó una sociedad político - económica, la Apen, con la idea de que sus miembros podían enfrentarse al gobierno en el momento en que éste se ponía de frente a sus intereses económicos, porque existía el concepto de que los propietarios territoriales, como tenían tantas matas de café, o tantos palos de caña, y tantos semovientes, tenían también tantos peones que podían mover a su capricho. Y quisieron hacer el ensayo de ir a las elecciones en rebeldía contra la nueva política liberal, y fueron derrotados. De la propia manera como acabamos de ver a una especie de Apen financiera que estaba creando la desconfianza, y anunciando una tremenda crisis económica, en el preciso instante en que todos nuestros elementos económicos justamente se hallaban en plena prosperidad. ¿Qué se hizo la Apen financiera, que tenía su órgano de publicidad en «La Razón»? ¿Qué se hizo la crisis? ¿Qué se hizo la ruina que nos amenazaba? ¿Por qué callan ahora los financistas conservadores? ¿Qué es lo que está pasando con los financistas de la Apen financiera?

SIGNOS DE PROSPERIDAD

O es que yo me ofusco terriblemente, y muchas veces pienso que en el gobierno se torna uno optimista, tonto

y vanidoso: le dicen a uno tantas cosas amables.... Pero lo cierto es que voy a las revistas, a los cuadros, a las cifras, y no encuentro la confirmación de todos esos vaticinios. Jamás hubo mayor producción en Colombia ni de café, ni de oro, ni de petróleo, ni de otros productos. Jamás hubo un mayor porcentaje de la población lucrativamente ocupado que ahora. Jamás hubo mayor orden en las finanzas nacionales. Todos los factores de estabilidad se han ido conjugando en beneficio de la economía nacional, aunque algunas veces contra el querer, contra la voluntad y aun con la manifiesta oposición de ciertos elementos. El caso típico es la estabilización del cambio. Lo menciono porque deseo dejar un concepto claro en el público del efecto de muchas cosas.

Una de las primeras providencias de este gobierno fue pedir al Banco de la República que ejerciera su función reguladora del cambio en beneficio de la economía nacional, dejando al gobierno las utilidades o pérdidas que dieran esas operaciones, no para que éste hiciera negocio, sino para acabar con la especulación particular en la bolsa, a base de las fluctuaciones, y a eso se debe, entre otras cosas, que no haya habido dificultades para la estabilización del cambio. El gobierno nada gana con ella; ni aspira a ganar, ni quiere ganar, como tampoco gana cosa alguna el Banco de la República. Pero el país recibe el beneficio de tener un cambio regularizado. Los miembros de la bolsa que negociaban en el cambio se quedaron sin oficio y declaran por eso que la situación está muy mala. (Aplausos).

EL COMUNISMO

Hablaba yo con un ilustre capitalista que me decía: «A lo que nosotros le tenemos miedo no es al partido liberal, ni al regreso del partido conservador al poder. Le tenemos miedo al comunismo, a lo que viene después de este gobierno, de seguir como vamos: le tenemos mucho

miedo a este movimiento sindicalista». Y le llamaba yo la atención hacia este proceso, y le argüía: «Usted está asustado; hay muchas personas asustadas como usted, llenas de temores, inquietas, intranquilas. Frente a esos temores, frente a esas suposiciones, el gobierno presenta un hecho protuberante: la paz industrial que reina en la república. El hecho de que jamás fueron mejores las relaciones entre el capital y el trabajo, el hecho de que los obreros de este país son ahora un elemento de orden por contraste con los sindicatos obreros de otros países del mundo, que sirven de instrumento a la subversión armada. El hecho de que los obreros confíen en el espíritu de justicia del gobierno, como confían en él también los empresarios, y antes de ir a una huelga y durante ella declaren que no desean crearle conflictos al gobierno. Vamos a ver si aquí va a tener más garantías el capital el día que haya un gobierno que se interese menos que éste por los obreros.

LOS FRACASOS DE LA OPOSICION

Como dije, las cosas de este régimen tienen una manera de desarrollarse un poco imprevista. Así pasó con los impuestos. Así con la cuestión religiosa. Así con la reforma constitucional; y con cualquiera otra de carácter fundamental. Todos los enemigos del gobierno pensaron que tendrían una bandera contra él en los impuestos, y yo pregunto qué sucede, que ahora no combaten al gobierno por los impuestos. Se quejan unos pocos, pero estoy seguro de que nadie pretendería iniciar hoy una campaña contra los impuestos. Y eso que el gobierno no ha salido en favor de su política tributaria, después de que el país le dio su aceptación: no ha cobrado la victoria. Pero día llegará en que el Ministro de Hacienda u otro conferencista que tenga la fortuna de aprovechar vuestra atención, pueda coger unos cuadros de éstos y decir claramente, con cifras, lo que significa esa reforma tribu-

taria; y leer los nombres de los contribuyentes; y decir lo que representa cada uno de ellos en este país de los antiguos privilegios.

LOS IMPUESTOS

En las conferencias del doctor Laureano Gómez, que en estos días he vuelto a leer por evocar recuerdos, hablaba él de cómo se le estaban regalando las riquezas nacionales al capital extranjero. En estos cuadros aparece el capital extranjero, por primera vez en nuestra historia, gracias al nuevo sistema impositivo, contribuyendo a los gastos comunes. Y contribuyendo sin resistencias, porque es de tal manera claro el derecho de la república a que quienes explotan sus riquezas naturales le rindan algún tributo al fisco, que ninguno de ellos ha pretendido, como algunos colombianos, oponerse a la obra del gobierno, ni aun en los casos en que la imposición pudiera considerarse por los profanos, excesiva. Tal, por ejemplo, el caso de las compañías de petróleos. Como es sabido, la única explotación en el país, en materia petrolífera, es la de la Tropical. La Andian es la dueña del tubo por medio del cual se reparte el petróleo de aquella explotación. Aquí tengo los datos referentes a ambas compañías. En los años de 1921 a 1925, la Tropical fue declarada sin renta; es decir, ella dijo que no había percibido renta alguna, y se creyó en su afirmación. Entonces no había aquí esos odiosos formularios, azules y amarillos, que hicieron impopular al doctor Jorge Soto del Corral. Después, la misma empresa, en los nueve años comprendidos de 1926 a 1934, pagó \$ 3.678,000. En 1935 paga, aproximadamente, \$ 3.338,000. La Andian, en ocho años, de 1927 a 1934, pagó \$ 3.832,000. En 1935, paga \$ 1.819,000. Por consiguiente, las dos compañías van a pagar anualmente, más o menos, \$ 5.157.000. Una suma excesiva? Una discriminación injusta? En manera alguna. Aquí tengo una declaración del valor de las exportaciones

de petróleos, que han ascendido, en dólares, a ciento noventa y dos millones; y como se ha visto, por las cifras del control, que el petróleo le sale libre a la Tropical, si ésta se ha ganado ciento noventa y dos millones de dólares, no es exagerado que pague ahora estos impuestos.

La Compañía Colombiana de Tabaco, que pagaba en 1933 \$ 154,000, y en 1934 \$ 192,000, ha declarado en 1935 \$ 3.000,000 de renta y ha pagado \$ 495,000 de impuesto. El consorcio de cerveceras Bavaria, que tiene un patrimonio de \$ 16.000,000, que pagó el año pasado \$ 83,000 y el antepasado \$ 23,000, paga ahora \$ 343,000. No estoy haciendo revelaciones, porque estos son datos públicos, que el público debe conocer, para que pueda apreciar si el gobierno obra bien o mal.

Se empieza, pues, a hacer una especie de estudio de lo que tienen esas compañías y de lo que ganan, y yo invito al público, a los que han visto aumentar las cifras de sus propios impuestos, en una suma casi insignificante, a que me digan si no les satisface pagar un poquito más, porque estoy seguro de que es un poquito más lo que ahora tienen que entregarle al fisco, a trueque de tener el gusto de oír leer estas cifras. Con su total, podrá desarrollarse todo el plan de obras públicas del gobierno nacional en diez años.

LA ESTABILIDAD PUBLICA

El gobierno no considera que sea del todo inseparable el mantenimiento de la tranquilidad con la eficacia de estos nuevos impuestos, porque ellos han permitido el desarrollo de un proyecto de administración que le ha dado ocupación lucrativa a toda la población colombiana.

Hay que entender que este movimiento se inició — y deploro no haber podido leer las cartas que nos cruzamos con el doctor Olaya Herrera y otros documentos — con el propósito de garantizar la estabilidad política de este país, que se ha mantenido como consecuencia del

triunfo del partido liberal. Y no de cualquiera manera, sino llevando a la transformación a todas partes. Se ha cambiado el sistema tributario; se ha hecho la reforma constitucional; se ha emprendido la reforma instruccionalista; se han cambiado las leyes de petróleos.

LA LEY DE TIERRAS

Y se va a cambiar la ley de tierras. La ley sobre la cual hablará aquí mañana el doctor Darío Echandía, que le ofrece al país. entre otras cosas, óiganlo bien quienes dudan de la bondad de esa ley, esta pequeña ventaja económica: aquí, donde se presume que ningún poseedor de tierras que no tenga título originario del Estado tiene buen título. y donde, como lo saben todos los que por ausencia de tales títulos no pueden ir a los bancos ni entenderse con los explotadores de petróleos, vendrá esa ley a ofrecerles un título; a establecer que quien haya explotado la tierra económicamente será dueño de ella, con buen título, a condición, eso sí — y esto es lo que espanta a algunos liberales — de tener que trabajarla. A quien no la trabaje, a quien la abandone se la quita el Estado, pasados diez años. Y a los enemigos de la ley de tierras no les parece suficiente ese plazo y lo quieren más largo para conservarla inexplorada. Yo espero que el congreso no dejará de resolver este asunto, aunque todos los días me llegan a palacio noticias de que el congreso se disolverá sin resolver este problema.

LA RESPONSABILIDAD DEL CONGRESO

Yo me atrevo a pensar que el congreso no dejará de cumplir con su deber a este respecto, y que no irá a pasear a Manizales y a Barranquilla sin decidir sobre el proyecto de régimen de tierras. Hace muchos años que este asunto está estudiándose. y los ministros de este gobierno que han ido a las cámaras han podido demostrar en ellas que

han estudiado a fondo la cuestión. Yo sé que los caballeros que me escuchan no considerarán que ponga demasiado énfasis en la defensa de esta tesis, si digo que me siento muy orgulloso, sinceramente orgulloso, de la capacidad que han exhibido los ministros en la defensa de la ley de tierras. No les han podido demostrar que no conocen el asunto. Pero está abierto el campo para que se lo demuestren, como está abierto para que el gobierno haga todas las rectificaciones que sean necesarias. A nosotros no nos da miedo equivocarnos ni rectificar cuantas veces sea preciso, buscando siempre el bien del interés público. Pero hemos invitado al congreso a que resuelva la cuestión para acabar con la agitación que está provocando la incertidumbre en que se mantiene el país alrededor del régimen de tierras, porque con él haremos lo mismo que con los impuestos y con la reforma constitucional, y con la nueva manera de dirigir las relaciones entre la Iglesia y el Estado: demostrar que tienen el asentimiento de la opinión pública y que el sosiego, la tranquilidad, la confianza del pueblo vendrán cuando la ley se haya dictado.

LA INCERTIDUMBRE

Hay muchos propietarios alarmados porque no conocen la ley, porque ni siquiera la han leído; y hay muchos colonos y agitadores que, conociéndola o no, están invadiendo predios ajenos y pensando que apenas se expida la ley van a quedar dueños de ellos. Y el país necesita que cese esa incertidumbre: ha invitado al congreso a que la haga cesar. Y ha convocado a las cámaras legislativas a sesiones extraordinarias, para que la haga cesar; y las ha convocado con plazo indefinido para que tenga el país la garantía de que el congreso no se disolverá sin dejarle ese problema definido. Si la ley es mala, que la niegue el senado. Si necesita reformas, que se las introduzca; pero no tiene el partido liberal, que nosotros representamos en el poder, derecho a prolongar en el país esta si-

tuación. Ni creo que el legislativo, después de haberse comprometido con la opinión pública no solamente a atender sus intereses, sino a cumplir todos los compromisos morales que le apareja el hecho de haberse votado un sueldo anual, bajo el imperio de una reforma constitucional que obliga a las cámaras a ocuparse exclusivamente de los proyectos que les señala el gobierno, no puede dejar de resolver ese problema, optando por la vía de la disolución. Lo digo públicamente porque, como lo he dicho, todos los días me cuentan que se va a acabar el **quorum** en el senado, que se va a disolver el congreso, y, aunque parezca aventurado e indiscreto, y no por ganarme el título de indiscreto, sino por hacerle al país y a mi partido el beneficio de no dejar subsistir esta situación innecesariamente, quiero anunciar desde aquí que aspiro y confío en que no irán las cámaras a dejar de resolver el problema de las tierras, sea expidiendo la ley o negando el proyecto que se halla actualmente a la consideración del senado.

Quiero poner punto final a esta charla, demasiado larga, que no tiene otra disculpa que la facilidad con que yo me dejo llevar del entusiasmo al sentirme en contacto con la opinión, al explicarle lo que está haciendo el gobierno y al repetirle una y mil veces que cuantas lo crea necesario, saldré en busca de su apoyo con mis explicaciones, y que cuando me falte su apoyo les dejaré descansar.

Una atronadora salva de aplausos, proveniente de la luneta, de los palcos, de las galerías, de entre los bastidores, que se hallaban atestados de una selectísima concurrencia que escuchó durante tres horas con profundo interés la admirable exposición del presidente, acogió las últimas palabras. Y la concurrencia abandonó el teatro vivando al gobierno y al partido liberal.

(De «El Tiempo», de Bogotá, de 1º de dicbre. de 1936.)

